EL DOCTOR ARCADIO, UN FONENDO MUY SABIO

Idea original y textos

Ana Mª García de Motiloa Gámiz

Ilustraciones

Raquel Gonzalo García de Motiloa

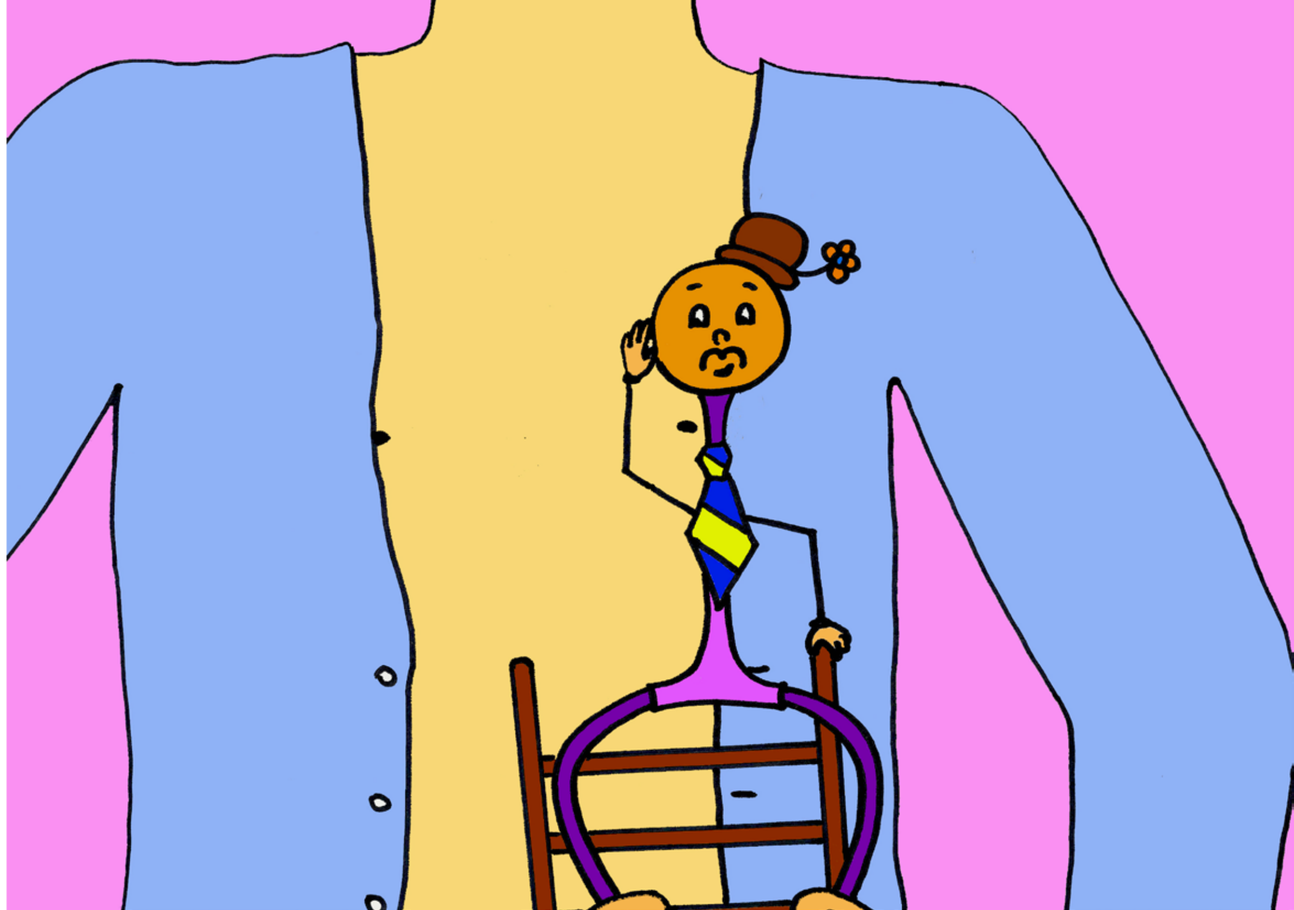
Diseño y color

Maialen Gonzalo García de Motiloa

Dentro de mí, es decir, en el hospital, hace ya un tiempo que se ha hecho muy famoso un doctor llamado Arcadio, del que todos piensan que es muy sabio.

Este médico es muy singular ya que él es un fonendoscopio que anda siempre escuchando y aprendiendo qué es lo que pasa dentro del pecho y de la espalda de los demás.

El doctor Arcadio es delgado, le gusta mucho cuidar sus comidas y para ello elige los alimentos con gran medida.
Su cabeza es pequeña y redonda como la luna llena cuando por el cielo va de ronda. Le gusta llevar sombrero en el que suele poner una flor de romero. Sus ojos muy pequeñitos bien parecen dos mosquitos, la nariz como una luna, similar a una aceituna, debajo de ella un bigote que es como la letra ene metida dentro de un bote, la boca pequeña y fina como el gajo de una mandarina.

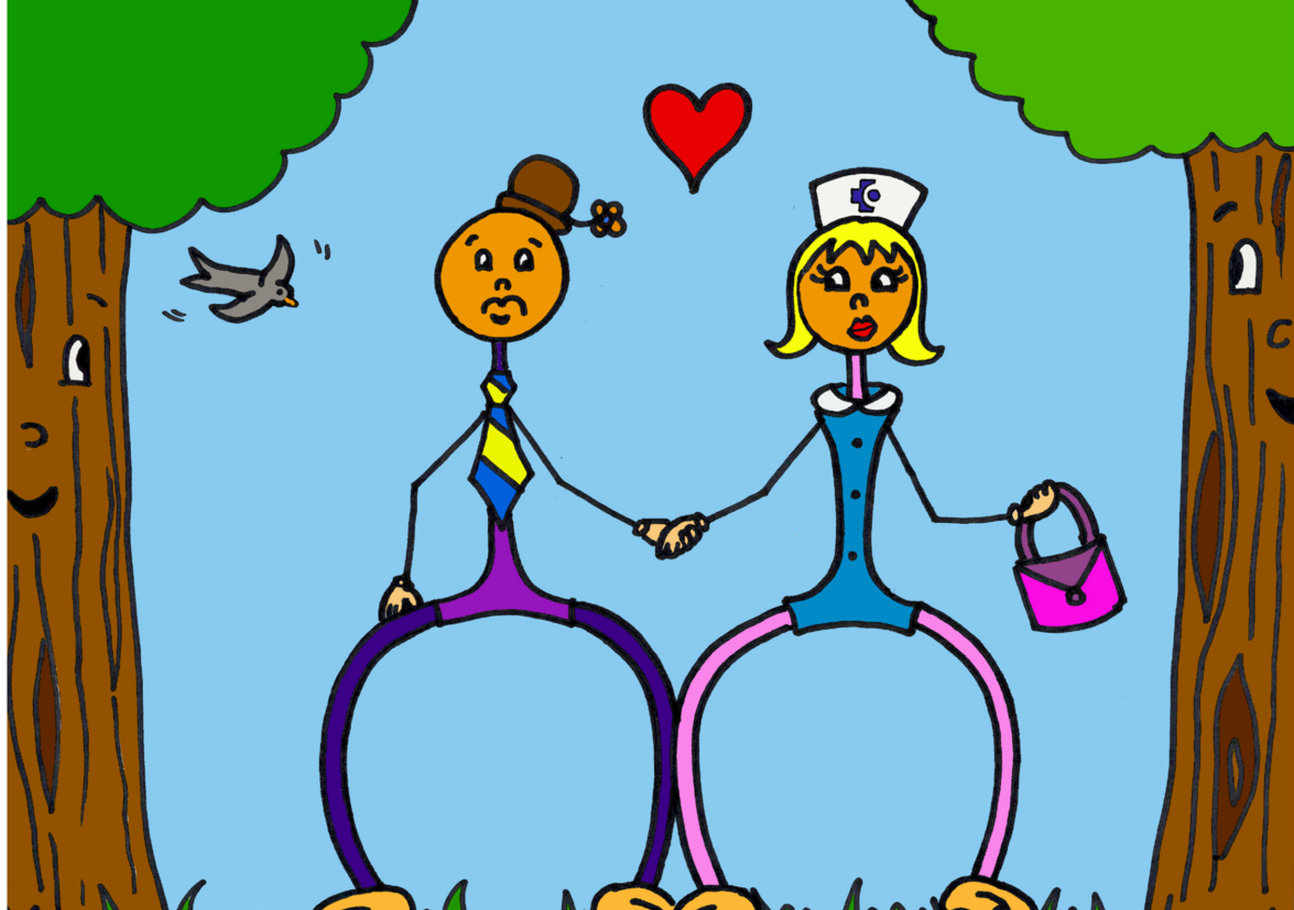


El doctor Arcadio tiene una novia "fonenda" que se llamaba Brenda, ella es muy lista y siempre, de lo que escucha, a la médica da alguna pista. Ella no es cualquiera, sino una gran enfermera.

Brenda es muy guapa, tiene una melena como su hermana Elena, los ojos grandes adornados por largas pestañas como las patas de una araña, la nariz como una bolita de anís y la boca…Arcadio tiene razón cuando de ella dice que es como un corazón. Brenda es delgada y le gusta vestir con un traje pantalón muy ceñido y sin cinturón. También suele usar guantes pues es muy elegante.

Cuando no trabaja, de la mano de Arcadio por el parque pasea y un pequeño bolso en su mano se menea.

En los pies también tiene orejas para poder escuchar, a diferencia de Arcadio, sin menear ni las cejas.



Arcadio trabaja en un hospital universitario y Brenda en la consulta de una pediatra llamada Rosario. En realidad ya en la consulta ya en el hospital los dos van siempre al cuello de Rosario colgados como si fueran collares pegados.

Arcadio y Brenda son muy trabajadores, ellos disfrutan mucho escuchando, para ello tienen que estar callando pues es imposible escuchar a la vez que hablar.

Cuando hay que auscultar o escuchar a los niños y niñas, Rosario suele decir a Arcadio:

-Dame tus orejas para que las ponga en las mías, así yo sabré lo que escuchas tú y tú sabrás lo que escucho yo, puede que nos demos cuenta de que oímos los mismos sonidos y eso nos hará estar más unidos.

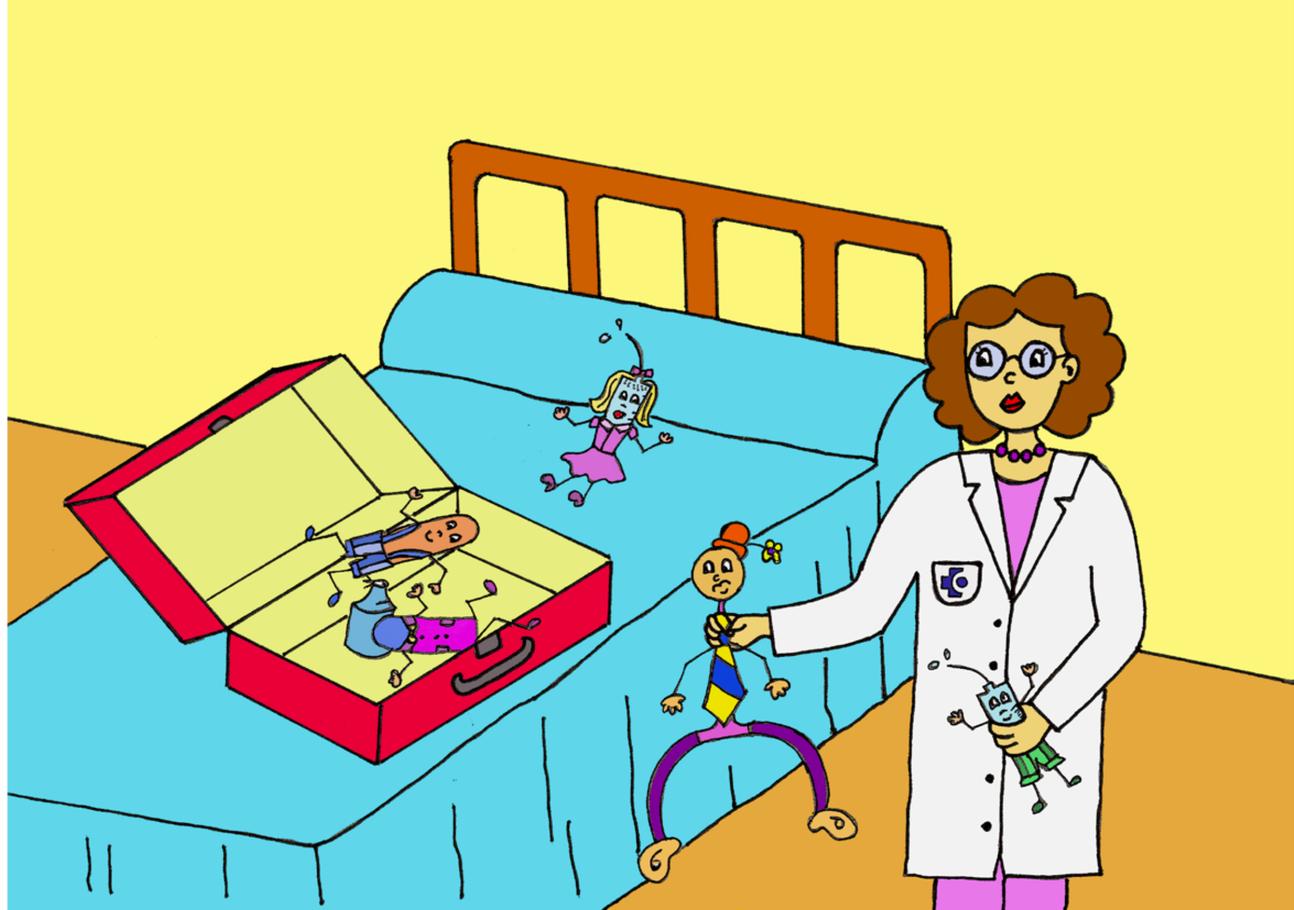
Así van pasando los días hasta que en otoño sucede algo especial: a la doctora Rosario le invitan a acudir a un congreso a Portugal.

También está invitado el doctor Arcadio que cuando habla lo hace de una forma magistral.

Brenda se queda en la consulta de Rosario pues hay que atender a los niños y niñas que en otoño cogen resfriados. Hasta que vuelva Rosario, Brenda trabajará con su primo, el doctor Mario.

Rosario prepara su maleta y maletín en el que siempre viaja Arcadio rodeado de termómetros, jeringas, depresores, tensiómetros, es decir, de todo lo que los médicos llevan con paciencia para los casos de urgencia.

El Congreso es en Lisboa, capital de Portugal, una ciudad con encanto cuya fama ya es mundial.



Cuando llega su turno, Rosario y Arcadio comienzan a hablar sobre "La importancia de escuchar para poder investigar".

Mientras hablan, ni una mosca allí se mueve y los que les escuchan se quedan muy sorprendidos de lo mucho que saben Rosario y Arcadio, un fonendo muy querido.

-Al escuchar entendemos que podemos descubrir lo que le pasa a la gente dentro de sí"-dicen los dos casi juntos.

Cuando terminan de hablar, se escucha en la sala una gran ovación a la vez que Rosario y Arcadio saludan a la audiencia bajando sus cabezas con una pequeña inclinación, mientras para sus adentros dicen una especie de oración, que, a la vez, los dos repiten:

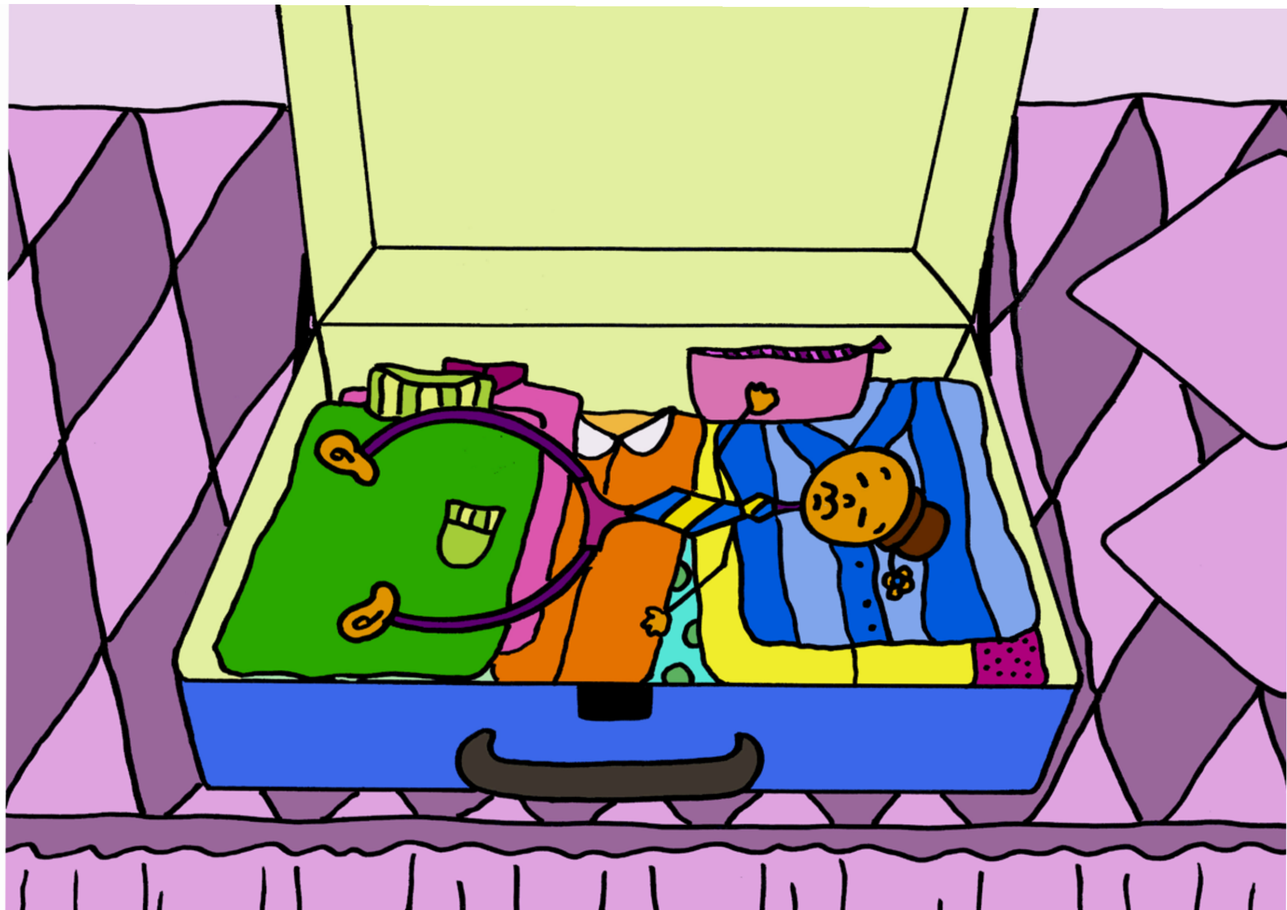
"Gracias por dejarnos escuchar para poder ayudar", aunque, en este caso, hayan tenido que hablar.

Cuando termina el Congreso todos celebran una cena de despedida en la que comen, cantan y toman un poco, sólo un poquito de bebida.

Al volver al hotel en el que se alojan Rosario y el fonendo Arcadio, éste está más bien mareado pues ha cenado demasiado.

Entonces sucede que en vez de ir a su maletín del color de los canarios se confunde y se mete en la maleta de Rosario.

Allí se esconde entre la ropa y aunque piensa "esto no es lo mío", al instante se duerme y de nada se entera



Al día siguiente, Rosario toma su maleta y maletín y se va al aeropuerto a coger el avión con otro médico amigo llamado Ramón.

Arcadio sigue y sigue en su sueño mecido sin enterarse de que ya ha amanecido. Cuando llegan a su destino, Rosario se disgusta pues no aparece su maleta y eso a ella nada le gusta. Poco después le cuentan que quizás del avión no ha bajado y que, por tanto, se ha extraviado.

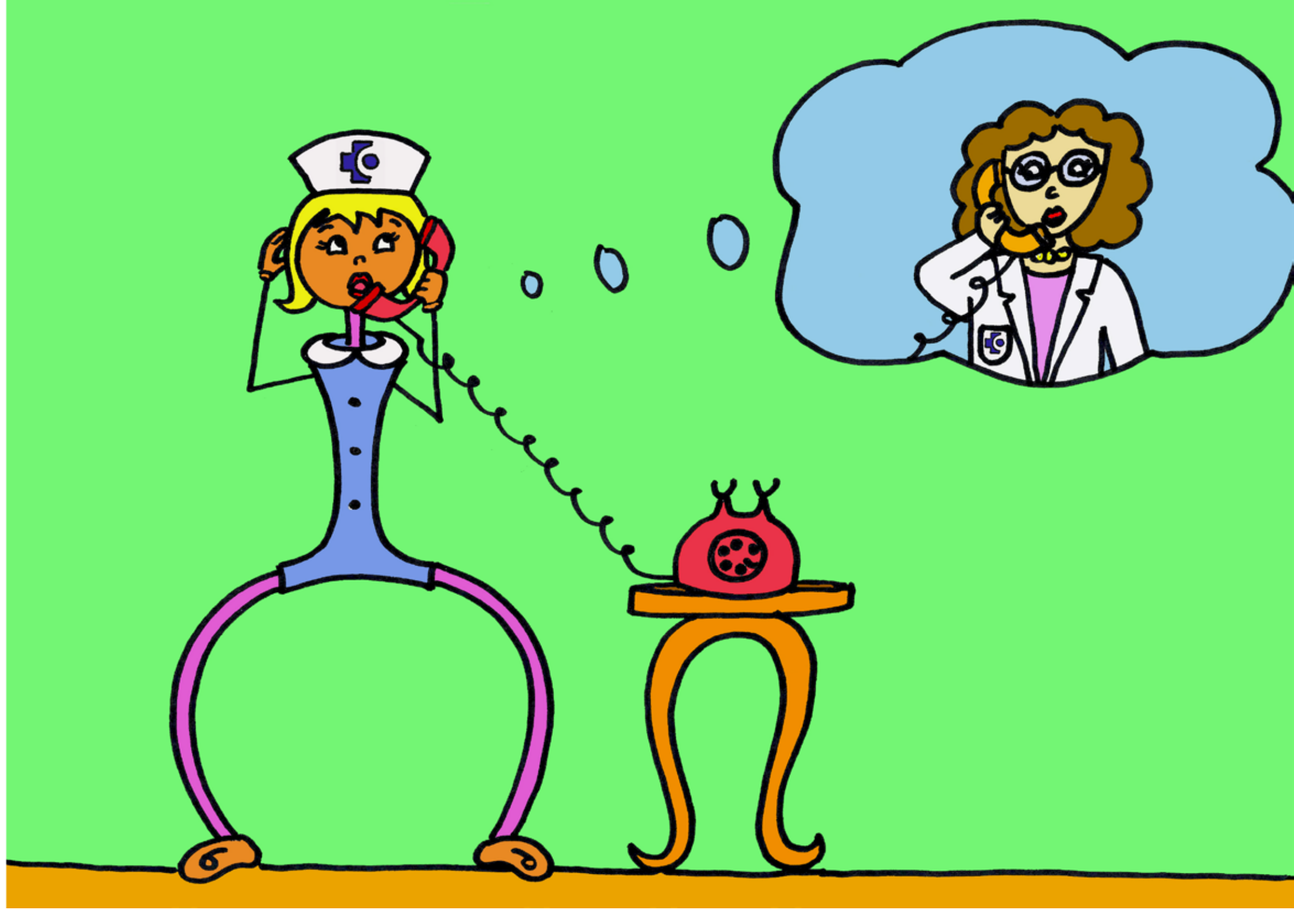
Cuando Brenda aquel día se empieza a despertar sin dejar de bostezar, suena su teléfono y ella, en un primer momento, lo confunde con el interfono y piensa "¡Qué raro que ya esté aquí mi querido Arcadio!", mientras, de fondo, se escucha a todo volumen la radio.

Al darse cuenta de que el que suena es un teléfono muy mono, lo descuelga y atónita se queda cuando Rosario le cuenta que sólo ha regresado con su maletín amado pero que en él ni rastro de Arcadio ha quedado.

Al principio se disgusta imaginando dónde Arcadio podría estar pero luego piensa que es mejor respirar profundamente para poderse calmar y ver todo con más claridad.

Mientras tanto, Arcadio en la maleta duerme sin cesar y sin tener ninguna idea de que a China llegará

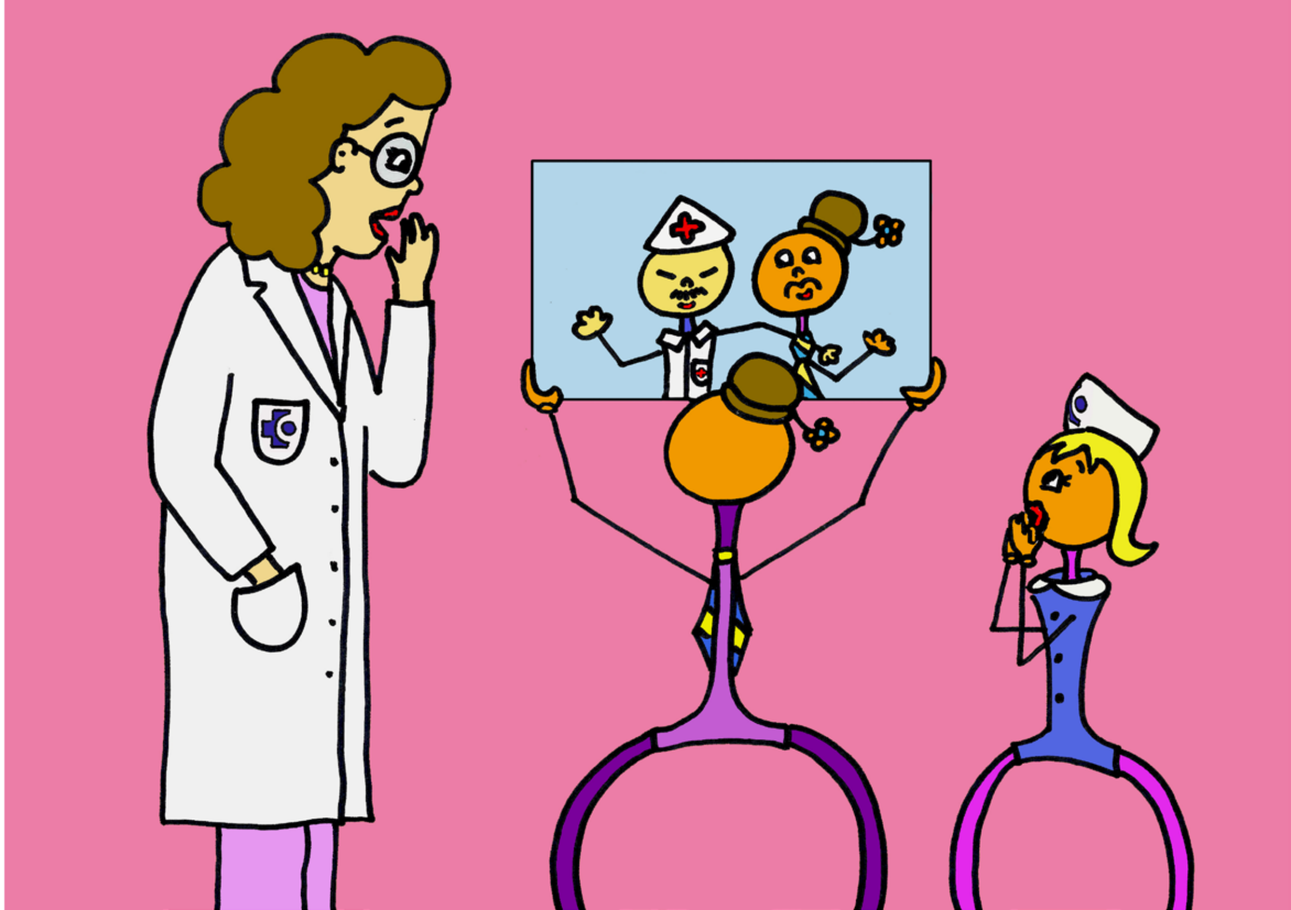
Cuando pasan las horas y al final se despierta abre un poco la maleta y allí puede observar que otros fonendos andan de acá para allá. Son fonendos diferentes pues sus ojos en vez de mosquitos, parecen palitos. Están en el pasillo de un hospital de Pekín, largo, largo, tan largo que parece no tener fin.



Después de grandes pesquisas y de mucho averiguar, la maleta cesa de viajar de acá para allá y felizmente termina en las manos de Rosario que, cuando la abre, casi le da un "patatús" al ver allí a Arcadio cómodamente tumbado sobre un vestido plateado, que para la cena final Rosario había comprado.

Tras un gran abrazo a Rosario y a su novia Brenda, la "fonenda", Arcadio les cuenta cómo había pasado los días en la maleta metido, escribiendo un diario. Así se había calmado pues cuando despertó también se había asustado pero escribiendo y dibujando, estando muy callado, se había relajado.

Cuando les contó que había visto fonendos pequeñitos con ojos como palitos los tres se rieron mucho, aunque Brenda y Rosario pensaron que quizá lo de los palitos lo habría soñado. Más tarde se dieron cuenta de que había sido cierto pues él les mostró una foto en la que aparecían Arcadio, el fonendo sabio, y Chu-Lín, un fonendo de Pekín.



FIN

R.P.I. VI-148-2011